

Alessandro Baricco

Emaús

Traducción de Xavier González Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original: Emmaus Giangiacomo Feltrinelli Editore Milán, 2009

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © Team / Alinari

Primera edición: marzo 2011

© De la traducción, Xavier González Rovira, 2011

© Alessandro Baricco, 2009

© _EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011 Pedró de la Creu, 5808034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7556-0

Depósito Legal: B. 653-2011

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, Múrcia, 3608830 Sant Boi de Llobregat

*A Dario Voltolini
y Davide Longo, didactas*

Prólogo

El descapotable rojo echó marcha atrás y se detuvo delante del chico. El hombre que conducía maniobraba con mucha calma, y parecía no tener prisa, ni preocupaciones. Llevaba una gorra elegante, el coche no tenía puesta la capota. Se detuvo y, con una sonrisa bien dispuesta, le dijo al chico ¿Has visto a Andre?

Andre era una chica.

El chico lo entendió mal, entendió que el hombre quería saber si la había visto, así, en general, en la vida –si había visto lo maravillosa que era. ¿Has visto a Andre? Como si se tratara de algo entre hombres.

De manera que el chico respondió Sí.

¿Y dónde?, preguntó el hombre.

Comoquiera que el hombre siguiera luciendo una especie de sonrisa, el chico siguió entendiendo las preguntas de una forma errónea. De manera que contestó Por todas partes. Luego se le pasó por la cabeza que tenía que ser más preciso, y añadió De lejos.

Entonces el hombre asintió con la cabeza, como para decir que estaba de acuerdo, y que lo había entendido. Seguía sonriendo. Cuídate, chaval, dijo. Y se marchó de nuevo, pero sin cambiar de marcha –como si nunca, en toda su vida, hubiera necesitado cambiar de marcha.

Cuatro travesías más adelante, donde un semáforo destellaba inútilmente al sol, el descapotable rojo fue arrollado por una camioneta enloquecida.

Hay que consignar que el hombre era el padre de Andre.

El chico era yo.

Fue hace muchos años.

Emaús

Igual que el amor inmenso
fue inmenso el padecer.

Giovanni Battisti Ferrandini,
El llanto de María (c. 1732)

Tenemos todos dieciséis, diecisiete años –pero sin saberlo de verdad, es la única edad que podemos imaginarnos: a menudo sabemos el pasado. Somos muy normales, no se concibe otro plan que el de ser normales, es una inclinación que hemos heredado con la sangre. Durante generaciones nuestras familias han trabajado limando la vida hasta eliminar cualquier clase de evidencia –cualquier forma de aspereza que pudiera hacernos visibles para el ojo lejano. Con el tiempo, acabaron adquiriendo cierta competencia en el ramo, maestros de la invisibilidad: la mano, segura; el ojo, sabio –artesanos. Es un mundo en el que, al salir de las habitaciones, uno apaga la luz –los sillones en el salón están forrados con papel celofán. Los ascensores tienen a veces un mecanismo por el que sólo introduciendo una monedita puede uno acceder al privilegio de una subida asistida. El uso para el descenso es gratuito, si bien, por regla general, no se considera esencial. En el frigorífico se conservan las claras de los huevos en un vaso, y al restaurante uno va ocasionalmente, y siempre en domingo. En los balcones, cortinas verdes protegen del polvo de las calles plantitas coriáceas y mudas, que no prometen nada. La luz, a menudo, es considerada una molestia. Por muy absurdo que pueda parecer, vivimos, si es que eso es vivir, agradecidos a la niebla.

De todas formas, somos felices, o por lo menos creemos que lo somos.

Con el equipamiento de serie de la normalidad viene incluido, irrenunciable, el hecho de que somos católicos –creyentes y católicos. En realidad, ésa es la anomalía, la locura con la que refutamos el teorema de nuestra simplicidad, pero a nosotros nos parece todo muy normal, reglamentario. Uno cree y no parece que exista otra posibilidad. No menos baladí: uno cree con avidez, y con hambre; no con una fe tranquila, sino con una pasión incontrolada, lo mismo que una necesidad física, una urgencia. Es la semilla de alguna forma de locura –la condensación evidente de una tempestad en el horizonte. Pero ni padres ni madres leen la borrasca que se avecina, por el

contrario, tan sólo leen el falso mensaje de una callada aquiescencia a los designios de la familia: de manera que nos dejan que nos vayamos mar adentro. Jóvenes que pasan su tiempo libre cambiando las sábanas a enfermos olvidados en su propia mierda –esto no se les aparece a ninguno de ellos como lo que en verdad es –una forma de locura. O el gusto por la pobreza, el orgullo por las ropas miserables. Los rezos, el rezar. El sentimiento de culpa, eso siempre. Somos unos inadaptados, pero nadie quiere darse cuenta de ello. Creemos en el Dios de los Evangelios.

De manera que el mundo tiene, para nosotros, confines físicos muy inmediatos, y confines mentales fijos igual que una liturgia. Y ése es nuestro infinito.

Más lejos, más allá de nuestras costumbres, en un hiperespacio del que no sabemos casi nada, están esos otros, figuras en el horizonte. Lo que salta a la vista es que no creen –aparentemente no creen en nada. Pero también cierta desidia ante el dinero, reflejos brillantes de sus objetos y de sus gestos, la luz. Lo más probable es que, simplemente, sean ricos –y nuestra mirada es la mirada desde abajo de toda burguesía sorprendida en el esfuerzo de su ascensión –miradas desde la penumbra. No sé. Pero percibimos claramente que en ellos, padres e hijos, la química de la vida no produce fórmulas exactas sino espectaculares arabescos, como si hubiera olvidado su función reguladora –ciencia ebria. La consecuencia que se deriva de ello son existencias que no comprendemos –escrituras cuya clave se ha perdido. No son morales, no son prudentes, no sienten vergüenza, y son así desde hace un montón de tiempo. Evidentemente, pueden contar con graneros repletos hasta lo inverosímil, porque malgastan sin cálculo la cosecha de las estaciones, ya sea dinero, pero también mero saber, o experiencia. Mezclan indistintamente bien y mal. Queman la memoria, y en las cenizas leen su futuro.

Van solemnes, e impunes.